

# Roberto Fernández de Caleyá, in memoriam

*I come to bury Caesar, not to praise him.  
The evil that men do lives after them,  
The good is oft interred with their bones;  
So let it be with Caesar...*

W. Shakespeare

Como Marco Antonio ante el cuerpo yacente de César, pienso que no es el momento para pronunciar palabras rituales de elogio, pues éstas siempre se ahuecan y devalúan al expresarlas, y tampoco el lugar para plasmar nuestros sentimientos individuales respecto al fallecido, pues es mejor que éstos queden en el ámbito íntimo de nuestra memoria. Sí creo, en cambio, que corresponde ahora rendirle homenaje celebrando su obra, pues es por ésta por la que le recordaremos colectivamente con mayor eficacia. Y debemos hacerlo no sólo por estricta justicia sino para estimular su emulación y para reclamar que tenga la continuidad y el desarrollo que merece. Sí, debemos luchar contra el olvido para que los frutos de su esfuerzo no se disipen entre las cenizas y el humo, no sean *enterrados con sus huesos*. Ante los signos de deterioro que algunos percibimos —por el país, por nuestro propio bien y por el de los que nos sigan—, debemos reivindicar los logros de Roberto Fernández de Caleyá.

Pocas personas tienen la suerte de estar excepcionalmente dotadas para alguna actividad y, entre éstas, sólo los elegidos acaban teniendo el privilegio de poder desarrollar en plenitud su singular talento. Roberto estuvo entre los elegidos. Estaba especialmente dotado para la tarea que el destino le asignó en el momento oportuno. En efecto, entre 1984 y 1995 desempeñó sucesivamente una serie de puestos de relevancia creciente en la gestión y encauzamiento de la investigación científica española, contribuyendo de forma decisiva a la que tal vez haya sido la década más brillante de su historia.

Empezó por incorporarse al Gabinete de Estudios de la Comisión Asesora para la Investigación Científica y Técnica (CAICYT) a instancias de su director, el profesor Juan Rojo, con quien enseguida congenió, compartiendo ideas y objetivos. Cuando Rojo fue nombrado secretario de Estado en 1985, Roberto le sucedió como director del mencionado Gabinete, y juntos abordaron sin demora la creación y puesta en marcha de la Agencia Nacional de Evaluación y Prospectiva (ANEP), de la que fue nombrado como primer director en 1987,

justo cuando entraba en vigor la Ley de la Ciencia. Con esta institución se consolidó en los medios científicos y político-administrativos de nuestro país el sistema de evaluación científica por los pares, de larga andadura ya en las naciones más avanzadas.

El éxito indiscutido de la ANEP se debió en buena medida al empeño y a las singulares cualidades de su primer director: gran talento para la caza de talentos, versatilidad para entender las peculiaridades de los distintos ámbitos especializados —desde las llamadas ciencias duras a las humanidades—, una inteligencia despierta y una memoria prodigiosa para encauzar los más de 15 000 documentos que anualmente pasaban por sus manos y para detectar cualquier anomalía o disfunción en el proceso de evaluación, una férrea rectitud y, en suma, un excepcional carisma. Reclutó por todos los rincones geográficos del mundo académico a un selecto grupo de coordinadores científicos a los que supo aglutinar para formar un equipo de gran eficacia. Una muestra de la credibilidad que enseguida alcanzó la ANEP fue el hecho de que administraciones autonómicas de los más diversos y encontrados signos políticos no dudaran en someter voluntariamente sus actividades científicas a la evaluación de la nueva agencia.

En 1990 fue nombrado director general de Investigación Científica y Técnica de la Secretaría de Estado de Universidades e Investigación (Ministerio de Educación y Ciencia), cargo desde el que pilotaría programas científicos nacionales de tanta entidad como el de Promoción General del Conocimiento y el de Formación y Movilidad del Personal Investigador. Es también en este período cuando se involucra en otra gran aventura fundacional, la de la Comisión Nacional Evaluadora de la Actividad Investigadora (CNEAI), de la que también sería su primer presidente. Más de 20 000 investigadores se sometieron a la evaluación instituida, la primera (y hasta hoy la única) que se ha aplicado en España a un colectivo de funcionarios.

El protagonismo de Fernández de Caleyá en el diseño y despegue de la

ANEP y la CNEAI, dos piezas clave del renovado clima científico, le aseguran un puesto destacado en la brillante historia del reciente despertar de la investigación española y deja en segundo plano su abreviada trayectoria como director del Museo Nacional de Ciencias Naturales y del Museo de Ciencias de Cuenca, faceta ésta a la que aportó su polifacética experiencia anterior y su considerable imaginación creativa.

Su temprana dedicación a la alta gestión científica le obligó a abandonar la actividad investigadora en la que se había iniciado con especial brillantez. Tal vez la extrema penuria de medios en que hubieron de desarrollarse aquellas investigaciones fue un elemento decisivo de su compromiso posterior con la reforma del sistema científico. En su tesis de doctorado demostró que ciertos péptidos antibióticos de las plantas eran activos frente a patógenos vegetales y relacionó dicha actividad con los mecanismos mediante los cuales las plantas se defienden de enfermedades causadas por hongos y bacterias. La relevancia de este trabajo fue reconocida plenamente cuando, una docena de años más tarde, se descubrió que los insectos y los animales superiores, incluidos los humanos, poseían un sistema de inmunidad innata similar al de las plantas. De hecho, las publicaciones a que dio lugar dicha tesis (*Appl Microbiol* 1972; 23: 998; *Genetics* 1976; 83: 687; *Genetics* 1977; 85: 521) se siguen citando con alta frecuencia tres décadas después de su aparición (unas 70 citas en la última década).

Roberto Fernández de Caleyá (1946-2004) nos ha abandonado prematuramente, pero seguirá vivo por su contribución a la reforma del sistema de investigación español, su presencia en la literatura científica y su eco en la memoria de los innumerables amigos que fue acumulando en las distintas etapas de su vida. #

**Francisco García Olmedo**

CATEDRÁTICO EN BIOQUÍMICA Y BIOLOGÍA MOLECULAR  
UNIDAD BIOQUÍMICA ETSI AGRÓNOMOS  
UNIVERSIDAD POLITÉCNICA DE MADRID  
OLMEDO@BIT.ETSIA.UPM.ES